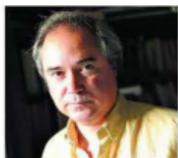


JUAN MAISONNAVE

Gustavo
Ferreira y
los anormales

Página 2



LUCILA CARZOGLIO

Maternidades,
ese amor
caníbal

Página 3



VICENTE BATTISTA

Lazos de
familia

Página 4

télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

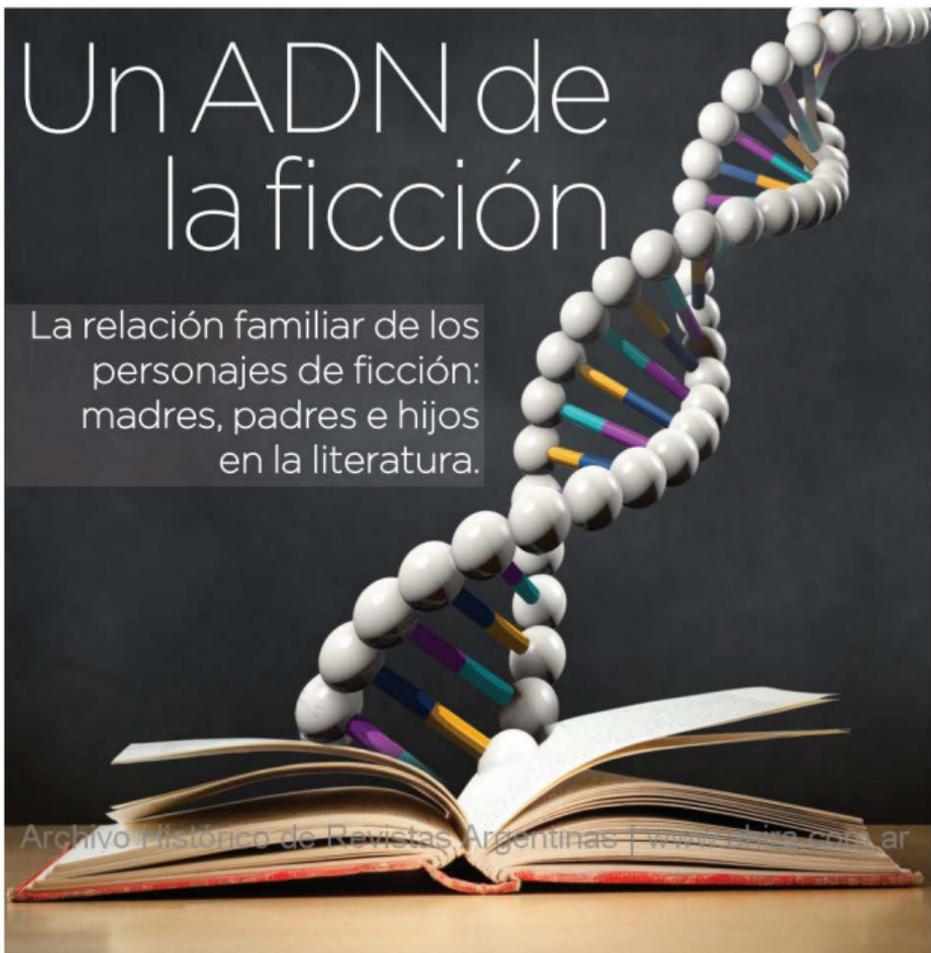
SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 6 | NÚMERO 281 | JUEVES 20 DE ABRIL DE 2017

Un ADN de la ficción

La relación familiar de los personajes de ficción: madres, padres e hijos en la literatura.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.telam.com.ar



Las escritoras María Teresa Andruetto y Cecilia Pisis, y los ilustradores Pablo Bernasconi y Lucas Nine serán algunos de los invitados al quinto encuentro organizado por la Organización Internacional de Literatura Infantil y Juvenil de Latinoamérica y el Caribe (IBBY) que se realizará del 25 al 27 de abril en el marco de la Feria del Libro

Internacional de Buenos Aires. Cada dos años, y desde 1956, IBBY entrega el premio Hans Christian Andersen (foto), conocido también como el Nobel de la literatura para Niños y Jóvenes, que más allá de su retribución monetaria otorga visibilidad y prestigio internacional a una obra,



2 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 20 DE ABRIL DE 2017

Gustavo Ferreyra y los anormales



→ JUAN MAÏSONAVE

La familia, de Ferreyra es probablemente la mayor saga de la literatura argentina dentro de las novelas-linaje donde se destacan autores como Sabato y Puig.

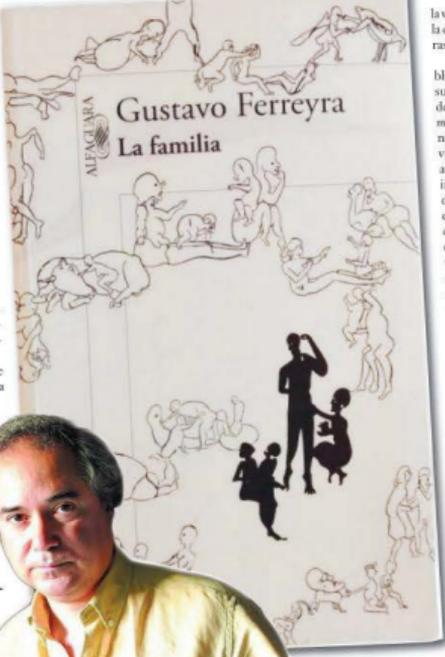
“La familia arroja buena parte de sus excrementos sobre el individuo y éste termina sucio de pies a cabeza. El resto de sus excrementos la familia los arroja sobre la sociedad”. Así opina Sergio Correa Funes, resignado bancario devenido en filósofo nihilista que en un raptó gramsciano escribe estas agrias palabras desde el penal de Macos Paz. Sergio Correa Funes es el personaje central de la novela *La familia*, de Gustavo Ferreyra. Mediante una sucesión de saltos temporales aleatorios el autor abarca casi dos siglos en la historia de los Correa Funes, de quienes Sergio es descendiente y víctima. Publicada hace ya más de dos años, considerada por el autor como cierre de una etapa que se había iniciado con *El director* muchos años atrás, *La familia* es probablemente la mayor saga familiar de la literatura argentina.

Si a la casa de la Gran Novela Americana los escritores estadounidenses han dedicado miles de páginas a retratar la familia disfuncional (Salinger, Franzen, Eugenides), aquí son contados los casos en los que un autor imaginó un mundo de personajes sucios y esmerado. En *Sobre Héroes y Tambor* cobran vida los Vidal (Osmos la parental y el barrio albo) rotan el Corral Viejo de Puig, con poco amor y mucha sordidez,

Jorge Barón Biza expone en *El desierto y su familia* las miserias de su fascinante familia de suicidas.

En este andarivel de novelas-linaje, *La familia* quizá sea la más desmesurada, ambiciosa y exhaustiva hasta el momento. No sólo conocemos en profundidad la vida del protagonista sino la de su padre, Gustavo Correa Funes, un nostálgico de la guerra, y hasta la de su abuelo, cuando la narración se remonta a 1925 para describir a un simple hombre rural, a quien la libertad del campo le pesaba “como una papa o un pedazo de carne”.

Los lectores del autor de *Piquito de oro* y *El ampuro* ya conocen su particular sentido del humor. Los personajes discurren sobre las cosas de la vida con una neurosis rampante que a veces roza el delirio y hace que el lector se le escape una carcajada en los momentos más terribles. En un pasaje de *La familia*, los padres de Sergio discuten ferocemente y en público. El interviene en favor de la madre. El padre: “(...) Lo acusó delante de ser virgen y, por lo tanto, menos apreciable”. Encima después, cuando ya la situación con el padre se torna insostenible, le toca a Sergio dormir en la cama de la abuela muerta junto con su madre. “Sergio, sin fuerzas siquiera para huir al patio, se tiró a la cama a roer la desgracia. Era el hueso que la vida le daba. De algo se tenía que alimentar. Era tan ridículo ser virgen a los diecisiete años como el hecho por el desdichado Sergio, pero una sonrisa inevitable se nos dibujaba en el rostro. Quien nunca le había a Ferreyra tropezado con los ríos de una prosa que ya es bello de la casa y le cosechó sus sellos



EN UN PASAJE DE LA FAMILIA, LOS PADRES DE SERGIO DISCUTEN FEROCEMENTO Y EN PÚBLICO. EL INTERVIENE EN FAVOR DE LA MADRE. EL PADRE “(...) LO ACUSÓ DELANTE DE TODOS DE SER VIRGEN Y, POR LO TANTO, MENOS PRECIABLE”.

adeptos: diminutivos maliciosos (“chuminito”), palabras anacrónicas y un realismo que tiende hacia lo grotesco y lo patético para lograr ese efecto tragicómico que forma parte de su estilo.

Escarba y escarba Sergio Correa Funes en la familia y sus males. Su humor ácido y sus padecimientos se expresan en un lenguaje de chico, pero una tragedia personal reencuadrará su militancia en contra de una institución que aún goza de alta estima en ciertos estratos. “Mientras haya familias el individuo es una hipótesis más

o menos a confirmar. Digoyvo. No sé”. A diferencia de la narrativa típica, en la que todos los integrantes de una familia tienden a ser más o menos disfuncionales, Ferreyra ilumina otras áreas a partir de ciertas obsesiones de sus personajes y de sucesos nimios que producen catástrofes mentales en los que el lector puede perderse. De hecho, pero una tragedia personal reencuadrará su militancia en contra de una institución que aún goza de alta estima en ciertos estratos. “Mientras haya familias el individuo es una hipótesis más

la vida y la familia—primera célula de la vida social—son verdaderas anomalías en movimiento.

Ferreyra no está solo. Si hablamos de familias, sus devotos y sus monstruos, es obligatorio dedicarle una línea a *Las primas*, de Aurora Venturini. Ganadora del Premio Nueva Novela de *Página 12* cuando su autora tenía 85 años, la novela introduce a Yuna, artista con dislalia, deliciosa niña malvada que destroza a los integrantes de su clan familiar sirviéndose de una lengua depravada y salvaje. Venturini utiliza la sintaxis atolondrada y rota que Yuna le demanda para pintar una fantástica colección de freaks.

La madre que sanciona rebeldías con puntero; Betina, la babeante hermana minusválida; la desenvuelta tía Nené, que conserva su virginidad a toda costa (“¿qué se piensa ese tano que voy a castrarme él y el comer pasta?”); la tía Ingracia que se casó con su primo y parió una hiliputiense; la malograda prima abortista Carina.

Sin alcanzar las densidades de la prosa de Ferreyra—una prosa en permanente estado de devaneo y digresión—, pero ensañándose como él con los miembros de la familia argentina, tozudos y revoltosos descendientes de calabreses, pionamontes y gallegos, Venturini va encabalgando frases sin comas para dotar a la voz de Yuna de una frescura insolita, de un desparpajo con el que narra el hogar tremebundo de una forma casi canónica. Al igual que con Ferreyra, leyendo *Las primas* uno hace equilibrios entre el horror y la risa. Como cuando la encantadora tía Nené le hace una devolución a su sobrina Yuna a propósito de su incipiente inclinación por el arte: “Tú Nené sí sabes hacer cosas, pero los marrauchos tal vez pudieran servir a mi incapacidad cognoscitiva por lo que para mí significaban... pero qué sabemos lo que piensan y sienten los anormales”, dijo en forma de pregunta.

Artistas que pintan murales de mujeres pulposas, dragones o figuras abstractas con colores que reavivan la vida urbana, en formato extra grandes en laterales de edificios, sitios abandonados o frentes de negocios y casas en la Ciudad de Buenos Aires y el conurbano, ven en la actividad que "está de moda" un espacio para fugarse de las preocupaciones cobrianas y la posibilidad de exposición

masiva sin requisitos. "Arranqué a pintar en una etapa de crisis, no sabía si iba a dejar la carrera de diseño industrial, estaba en un laburo de autopartes que era buenisimo pero empecé a pintar y logré desconectarme de todo y cuando me empezaron a pedir trabajos lo empecé a tomar como un laburo", evocó sobre sus inicios en el arte pictórico callejero Lucio Ricciardulli, reconocido artista de la ciudad de Luján.



JUEVES 20 DE ABRIL DE 2017 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3

Maternidades, ese amor caníbal



→ LUCÍA CARZOLIO

¿La presencia de la figura materna en la literatura aparece desdibujada y sin contornos? ¿Solo una autora mujer y madre puede escribir sobre una madre?

Soy yo ese no-cuerpo, envuelto en velos, alejado cuidadosamente, mantenido apartado de la Historia, de las transformaciones, anulado, mantenido al margen de la escena, al ámbito de la cocina o al de la cama?", se interroga Hélène Cixous en *La risa de la modula*. Según la autora, la mujer habita (es) un continente negro al que le han querido hacer creer que lo que le interesa es el continente blanco, ese que se proyecta sobre ella. El cuerpo femenino, en calidad de mujer, ha sido colonizado y definido hasta convertirse en una materia sumisa sobre la cual dictaminar.

Desde esta luminosidad excesiva, la maternidad ha sido romanizada e idealizada, pero sobre todo reprimida. Incluso, en un país como la Argentina, donde las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo supieron politizar y resignificar ese rol. En la literatura, ya Roberto Arlt, en una de sus aguijadas, se pregunta de la ausencia de maternidades literarias. Según apuntala en "La madre en la vida y en la novela", faltaba esa "figura mística y santa" que "no teniendo nada en la vida, todo lo depositan en los hijos adorándolos raptivamente". El mismo autor, en el contexto del tango, la poesía de Evaristo Carriego y los textos del grupo Boedo, la madre, como estilo y como institución, se intuía dependiente, afectuosa, receptiva y

abnegada. De seguro, así, solo la ratita podría adjectivar al amor...

Hay el carácter ficcional de estas construcciones resulta más que evidente. Sin embargo, como remata Nora Domínguez en su libro *De dónde vienen los niños*, Arlt tenía razón. "Las apariciones maternas no resultan, en la mayor parte de los casos, presencias potentes ni son objeto de una centralidad manifiesta", explica la investigadora. Aun en las escasas apariciones, poco se las tenía en cuenta y encima se les robaba su capacidad parlante. Ellas eran habladas, tragadas y digeridas por sus retoños.

De acuerdo con Domínguez, cuanto más se afirma "Mamá hay una sola", más se la niega y entrapa, ya que la frase somete a la madre a ser única, al mismo tiempo que le reclama ser igual a todas. Esta ventriloquia, de hecho, también se constata en versiones menos blancas y más bovarianas. La Maga de *Ruyda*, representante de la revolución sexual de los sesenta, muestra una maternidad distinta. Como mujer joven, migrante, desante y hasta carente es buscada y añorada, pero como mamá no es tolerada y mucho menos comprendida. Ella, de todos modos, se castiga, mientras el orden maternal convencional de la novela se mantiene intacto.

Lo cierto es que en la literatura nacional existen, y cada vez más, madres que no responden a ese artefacto social-emocional montado para ellas, algunas porque no pueden, otras porque no quieren. Maternidades distintas y diversas muestran el moldeo de la *Historia*, la encrucijada de lo privado y lo público de su rol. Aparecida de Marta Dillon, trabaña en este sentido: madre es también ese cúmulo de huesos devueltos; pero también madre es la omnipresencia, rigurosa y poco misericordiosa, que el cuerpo de su hijo le devuelve en el contexto del tango, la poesía de Evaristo Carriego y los textos del grupo Boedo.

Y es que, en este punto, *Cuadernos de infancia* de Nora Llanque lo supe ver. Si bien en el relato la figura materna aparece con todos los estereotipos, como resalta Domínguez, en este libro la



"Mamá hay una sola"

“CUANTO MÁS SE AFIRMA ESTA FRASE, MÁS SE LA NIEGA Y ENTRAPA, YA QUE LA FRASE SOMETE A LA MADRE A SER ÚNICA, AL MISMO TIEMPO QUE LE RECLAMA SER IGUAL A TODAS”

AFIRMA NORA DOMÍNGUEZ EN SU LIBRO DE DÓNDE VIENEN LOS NIÑOS.

maternidad se revela práctica y performance. A través de una rendición la narradora espía cómo su hermana de 13 años logra que el bebé deje de llorar al acercarle su pecho incipiente. La escena puede resultar menor, pero el mensaje es contundente: para ser madre hay que cumplir ciertos actos y llevar a cabo determinadas acciones.

Mimetismo y repetición es la forma de aprendizaje, pero en el contexto de la maternidad argentina quebraja. Con el tiempo, la represión va a aparecer en su sentido freudiano, es decir, bajo su modulación siniestra; y las madres ma-

las, malisimas, de a poco van a empezar a dar curso y catedral en la literatura. Falladas, abandonadas, perversas, abutadas, desbordadas aparecen en el papel nacional desde estéticas diversas.

En *Las primas*, Aurora Venturini, a partir de la mirada extrema de niñez, narra con su estilo lírico y cruel, la infancia hostil, la deformidad, el desamor filial. Las figuras maternas de la novela aparecen solo para castigar y descalificar al niño de una u otra manera, en un sentido, cristaliza la tensión, aunque el insulto no sea la única tendencia en este tipo de relaciones. En "Intemec", de Selva Almada, por ejemplo, el vínculo tenebroso se firma en el silencio, el

desconocimiento y la depresión. Acostumbrados a reclamar, a esperar, los hijos de andar madres terribles o inoperantes. Sin embargo, cuando estas toman la palabra, su voz es pura potencia disruptiva (y vomitiva). Algunas denuncian estar siendo devoradas por el mandato, al punto que, en "Gloria de amor" de Tununa Mercado, esto se torna literal: la protagonista termina cocinando para la familia sus propios pellejos del pie. Otras, como Victoria Cosin en *Parladas de nacimiento*, anuncian su desfase. "No podía decirle: porque me da culpa no extrañarte, hijita. Para recibirlo, hoy, el cuerpo me anuncia antes de tiempo que tengo un útero que no ha sido acondicionado para anidar nada. Me levanto a la mañana y el agua del inodoro se tinte de sangre", escribe esta madre recién separada en su diario.

Ciertamente, tener un hijo puede ser un deseo o un dictamen cultural, pero no un instinto. Basta leer la trilogía de Ariana Harwicz para iluminar ese continente negro hecho de maternidad, sexualidad y marginalidad. En su mundo, la claustrofobia y el salvajismo marcan los vínculos maternos, aunque sin ir tan lejos ni tan profundo, en "Conservas" de Samantha Schweblin también puede constatarse el rechazo a la idea de destino natural. La mujer de su cuento hace un tratamiento para desembrasar y preservar a la hija en un vaso para más adelante.

Este final feliz contrasta con el de Silvina Ocampo en "El retrato de mi madre". Con un satisficimiento, la madre termina abrazando con ternura a la asesina de su hijo. Esta, curiosamente, es la niñera. Así, la literatura parece advertir que no hay nadie que entienda mejor a una madre que otra madre.

El Museo está en tratativas desde hace un año con la Tate Britain para traer una gran exposición de acuarelas y dibujos del pintor inglés, considerado el precursor de los impresionistas franceses. El Museo Nacional de Bellas Artes está en tratativas desde hace un año con la Tate Britain para traer al país en 2018 una gran exposición de acuarelas y dibujos del pintor inglés William Turner,

adelantó a **Télem** el director de la institución Andrés Duprat. "Estamos en negociaciones, yo viajé a Londres, el proyecto está muy avanzado. Ahora estamos discutiendo los costos de traerlo. Así que estamos en conversaciones con el Museo Nacional de Bellas Artes de Santiago de Chile para traerla en conjunto. La voluntad está y queremos, así que es muy posible que se haga", dijo a **Télem** Duprat.



CONTRATAPA

→ VICENTE BATTISTA

Las familias, más allá de que sean dichosas o desventuradas, se consolidan con el amor filial. Un amor que como motivo literario no suele forjarse desde la tertura.

Todas las familias felices se parecen unas a otras; pero cada familia infeliz tiene un motivo especial para sentirse desgraciada". Así comienza *Ana Karenina*, una de las novelas claves de León Tolstói. Es cierto, la felicidad puede ser compartida y contagiosa, la desgracia, por el contrario, atañe a cada uno que la padece; difícilmente, quienes rodeamos al desgraciado tenemos ganas de compartir su desgracia. Los poetas de la antigua Grecia dieron buena cuenta de ello, se habían propuesto inventar la tragedia, por lo que necesariamente despertaron mitos ancestrales con el fin de poner en escena a un hijo desesperado que matará a su padre y se convertirá en el esposo de su propia madre, o a una madre que frente al abandono de su esposo, no vacilará en asesinar a los hijos de ambos. Siglos antes de aquella frase que Tolstói escribirá como apertura de *Ana Karenina*, Eurípides le hace decir a Medea: "Lo verdaderamente difícil ocurre en casa, en la familia". En definitiva, Zeus, en palabras de Hesíodo, "el padre de los dioses y de los hombres", llegó a ese sitio de privilegio luego de matar a Cronos, su padre; en mitología griega el padre de los dioses y los hijos se asesinaron. A partir de esa muerte, Zeus se convirtió en el Rey de los Dioses del Olimpo, y mantuvo el mandato hasta que definitivamente se impuso el monoteísmo y todo quedó en manos

de un Dios, Único y Verdadero. Aquí es cuando se produce el primer gran quiebre, el mundo griego no se había construido sobre la idea de culpa y su natural consecuencia: pecado, castigo o perdón, sino sobre la energía, la supremacía del fuerte y los ciclos de la naturaleza. Con este nuevo Dios, severo, pero en el fondo para bondad, incapaz de transformarse en un efébo para ir tras los pasos de una inocente campesina, se buscaba la instauración de un nuevo orden racional.

No obstante, los antiguos griegos siguen siendo nuestros mentores culturales, la literatura de esta parte del mundo se alimenta y repite sin cesar los conflictos que hace más de tres mil años Esquilo, Sófocles y Eurípides pusieron en escena. Sin embargo, el libre albedrío parece desterrar al determinismo, se revive el concepto de culpa y, por consiguiente, la relación padres/hijos no siempre goza de la comprensión, amor y cariño con la que debería tenerse. En 1886, Edmundo de Amicis publicó *De los Apeninos a Los Andes*, un cuento en el que Marco, un chico genovés de trece años, cruza el océano Atlántico para llegar a la Argentina en busca de su madre, un año antes, Mark Twain había publicado *Las aventuras de Huckleberry Finn*, en donde Huck, un chico estadounidense de la misma edad, remonta el río Misisipi, para huir de los castigos de su padre emborrachado y de un salvaje juego de cartas llamado "mingway". Toda la literatura moderna estadounidense procede

de un libro escrito por Mark Twain llamado *Huckleberry Finn*. [...] Todos los textos estadounidenses proceden de este libro. Nada hubo antes. Nada tan bueno ha habido después". El emotivo cuento de De Amicis nos está de lograr esa categoría de "mejor libro jamás escrito" que las conciliaciones. Numerosos títulos de Charles Dickens podrían reforzar ese supuesto. Basta con recordar la actitud de la madrastra de *Hansy y Gretel* quien, con la aprobación de su

Lazos de familia



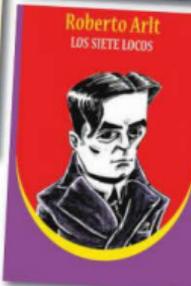
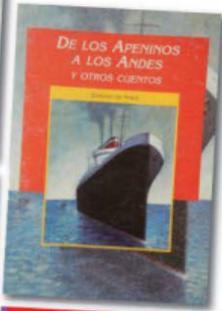
ANA KARENINA
LEÓN TOLSTOI.

DE LOS APENINOS
A LOS ANDES.
EDMONDO DE AMICIS.



LAS AVENTURAS DE
HUCKLEBERRY FINN.
MARK TWAIN.

LOS SIETE LOCOS.
ROBERTO ARTL.



pasan facturas a sus padres. En nuestra literatura tenemos a Remo Erlaus quien en *Los siete locos* cuenta de qué modo su sádico padre le amonesta que a la mañana siguiente lo castigará. Era una terrible noche de insomnio, y cuando por fin el chico logra dormir, "una mano me sacudía la cabeza en la almohada. Era él que me decía con voz áspera: "¡Vamos... es hora!". El padre lo llevaba al sitio del castigo: "¡Caía su mano sobre mi hombro obligándome a arrodillarme, y apoyaba el pecho en el asiento de la silla, tomaba mi cabeza entre sus rodillas y, de pronto, crueles latigazos me crucaban las nalgas". Esa humillación que Arlt narra en su novela era la que él había recibido del cinturón de su propio padre, así al menos lo dio a entender cada vez que pudo.

Roberto Arlt publicó *Los siete locos* en 1929, diez años antes Franz Kafka escribió su célebre "Carta al padre", que su padre jamás leyó, y en la que confiesa: "Mis escritos trataban de ti; en ellos exponía las quejas que no podía formularle directamente", por lo que sugiere que casi toda su obra, si exceptuamos *Un artista del hambre*, que data de 1922, *El proceso*, escrita en 1925, y *El castillo*, que quedó inconclusa en 1926, tiene por disparador la indiferencia y crueldad de su padre. ¿Hoy estaríamos hablando de Kafka si éste hubiera tenido un padre bondadoso y comprensivo? Sin duda que sí, porque el propio Kafka hubiera inventado a su padre, como parece ser que lo inventó, para poder expiar la culpa, instaurada desde el pecado original. El catolicismo insistió en la confesión como método para descargar la falta; con la literatura, más euménica, se logra lo mismo: "Mamá me dio un libro, me dio otros libros, con el loable propósito de que pasemos una infancia feliz."

marido y padre de los chicos, decide abandonarlos en el bosque. A los hermanos Grimm no pareció importarle esa actitud, digna de Medea, del mismo modo que Edmundo de Amicis no parece ofrecer la menor información acerca de los padres de los tres patitos sobrinos de Donald y los tres ratoncitos sobrinos de Mickey; geran huérfanos de padres o estos los habían abandonado?

Es cierto que algunos hijos les